

## CAPÍTULO DÉCIMOCTAVO.

Partida de Nápoles.—Los ferrocarriles italianos.—Aspecto de la naturaleza.—Impresiones de viaje.—¡Roma á la vista!—San Pedro.—La Estación de Roma.—Recepción en la Ciudad Eterna.

UN telegrama de Angelini anunció al presidente de la Peregrinación, que el domingo 13 de Mayo diría el Papa una misa en la Capilla Sixtina, por intención de los romeros mexicanos, y el 14 á las once y media de la mañana, nos recibiría en el Vaticano. La noticia circuló como por encanto entre los excursionistas; y por la tarde de ese día, (10 de Mayo), todos los peregrinos se hallaban reunidos en el Hotel Vesubio, en donde habían alojádose el señor Obispo y los individuos de la Comisión. Esta hizo saber á los presentes que al otro día, á las ocho de la mañana, deberían estar reunidos en el edificio de la Estación. Comunicáronse todas las instrucciones relativas, y la reunión se disolvió.

El 11, á las ocho, nos hallábamos puntuales á la cita. El edificio que sirve de Estación á las más importantes vías férreas que parten de Nápoles para diversos puntos de Italia, es un gran monumento de arquitectura moderna, construido de cantería y ladrillo. Delante de la fachada principal, se halla plantado un hermosísimo jardín con su fuente de mármol en el centro. Por el costado de la izquierda está el departamento de espera, el expendio de boletos y la oficina de equipajes para los que salen; en el ala derecha están los mismos departamentos, para los que llegan de fuera. Dirigímonos nosotros por el lado izquierdo.



Después de presentar nuestros boletos á la administración, y de depositar los equipajes que no eran bultos de mano, pasamos á un salón amplio decorado con elegancia y amueblado con decencia. Allí debíamos esperar que se nos llamase á la hora conveniente, para entrar en los andenes de la Estación y tomar asiento en los coches. Un cuarto antes de las nueve se abrió una puerta de par en par, y un empleado vestido de uniforme gritó en alta voz: "¡Los peregrinos mexicanos!" Apresurámonos á obedecer aquella indicación, y salimos de la sala entrando en el gran departamento del paradero, hermosísima y anchurosa estancia con techumbre de fierro y cristal. Un largo tren con carros de la antigua forma inglesa, aunque de construcción italiana, se hallaba colocado cerca de la plataforma del andén. Corrimos á tomar nuestros asientos en las respectivas clases. Los coches de las líneas italianas son cómodos y elegantes, y en primera hasta lujosos. Cada tren lleva agregados carros Pullman, para los que mediante cinco liras al día quieren disfrutar de mayores comodidades. La servidumbre es bien presentada y atenta; los empleados extremadamente amables con los pasajeros, y si acaso no lo son generalmente, lo fueron con nosotros. Auxiliados por ellos, los peregrinos se instalaron en los asientos que mejor les pareció, según su categoría. A las nueve en punto se dió el toque de partida, y el tren comenzó á rodar.

Si bellas y pintorescas en extremo son las campiñas de la antigua Campania, vistas desde el Golfo ó desde las eminencias de Nápoles, risueñas y encantadoras se miran cuando se recorren por el camino que lleva el tren que nos conducía. La abundancia de la vegetación, la verdura de los campos, los matices del follaje, el azul de ese cielo meridional, tan puro y transparente; el simpático aspecto de las construcciones campestres en las llamadas *villas*; todo forma un conjunto delicioso que encanta la vista y embarga el ánimo del viajero. En medio de aquella naturaleza animada y sonriente; gozando de la frescura de los árboles, y aspirando los perfumes que embalsaman la atmósfera, se cree uno trans-

portado á la tierra de promisión de los israelitas, y se siente inspirado á exclamar como el apóstol en su arrobamiento: "*Bonum est nos hic esse.*" "¡Bueno sería quedarnos aquí!"

Media hora transcurrida, que nos pareció un minuto, y el tren se detuvo en el primer paradero. Las estaciones todas de Italia tienen el mismo aspecto é idéntica apariencia exterior. Un edificio de mampostería, rigurosamente simétrico, sencillez en su arquitectura, pero elegante y de buen gusto: en el centro de la fachada hay un reloj con carátula de regulares dimensiones, para hacer visibles los números que indican las horas; el nombre del paradero, en hermosos caracteres de porcelana azul; las plataformas de los andenes muy bien arregladas; todas las oficinas de la Estación perfectamente dispuestas, y colocadas en una situación respectivamente uniforme.

Un grupo de napolitanos filarmónicos, que allá lo son todos, nos recibió tocando y cantando aires nacionales. Grata impresión nos causó este inesperado recibimiento. Sólo diez minutos gozamos de aquellas melodías y el tren continuó su marcha.

Pasados veinte minutos más, recreábamos la vista con el encantador paisaje de Madaloni, población de importancia, de aspecto muy pintoresco. Acercándonos á sus calles las vimos extenderse en línea recta, sombreadas con doble hilera de preciosos árboles de fresco y verde follaje. Descubrimos hermosísimas calzadas que forman los caminos vecinales. La ciudad está reclinada en la falda de una hermosa montaña vestida de sementeras y cubierta en parte de viñas frondosísimas. En la estación de Madaloni nos estuvimos dos minutos solamente.

A las diez en punto se nos presentaba el seductor paisaje de Caserta. El Palacio y su lindo parque se veía sobresalir airado entre el caserío. Ya hemos descrito este bellissimo lugar, que tal vez no tiene semejante en el mundo. La estación de Caserta, acaso por hallarse tan inmediata al soberbio edificio que ha servido de residencia á los reyes, difiere de las demás en su apariencia exterior. Es elegantísima en su construcción



y puede presentarse como un modelo en edificaciones de su clase.

Un cuarto de hora transcurrió apenas y nos hallábamos delante de la población de Santa María, pintoresca y risueña como las anteriores, aunque de menor importancia.

Otros veinte minutos de camino y llegábamos á la celebrada Cappaa, regada por un hermoso río de transparentes aguas. Un magnífico puente de hierro, como de cien metros de largo, sirve de base al ferrocarril para que atraviesen los trenes.

Un suave perfume muy conocido de los mexicanos comenzamos á aspirar apenas salidos del paradero. Recorríamos un campo cubierto literalmente con nuestra rosa de Castilla. Cercados de esta planta adornan el camino desde la estación inmediata de Pignataro hasta la de Sparanise, á donde llegamos un momento después de las once.

Una hora empleamos en recorrer el espacio de algunos kilómetros, pasando por las estaciones de Teano, Riardo, Cailanelo y Mignano, recorriendo siempre hermosas campiñas, admirando los campos cultivados con asombroso esmero y las frondosas viñas extendiéndose en una gran llanura. Entramos después en una bellísima cañada cubierta de verdura; en una de sus orillas está la estación llamada Bocca d'evandro S. Vittore.

Pasados treinta minutos; era la una de la tarde, descubrimos la población de Cassino, que se extiende en las paredes de una montaña, y en la cima vimos levantarse el venerable monasterio de Monte Cassino, gran edificio de grandes recuerdos históricos para la Religión.

Veinte minutos más y estábamos delante de Aquino, preciosa aldea á la falda de un cerro de corta elevación. La efigie del gran maestro, del sol de las escuelas, resplandece todavía sobre las paredes ennegrecidas de los viejos edificios de la que fué cuna de uno de los hombres más sabios que ha visto nacer el astro que nos alumbró.

No habría transcurrido media hora cuando descendíamos á un hermoso valle de exuberante vegetación, sembrado de

algunas casas rústicas. Nos hallábamos en Roccaseca. Era la una y media de la tarde.

Adelante está Isoletta, á donde llegamos á las dos, y en la estación inmediata nos detuvimos á comer en una fonda aseada y regularmente servida.

Durante las tres horas que siguieron, proseguimos nuestro camino, siempre recreando la vista con hermosas montañas vestidas de vegetación ó erizadas de espesos bosques, con dilatadas llanuras plantadas de vides ó sembradas de cereales, todo admirablemente cultivado. Fuimos deteniendonos brevísimos ratos en los paraderos de Ceccano, de Frosinore Alatri, de Ferentino, de Sgurgola, de Agnano, de Seguí, de Ontanese, á cuyo punto llegamos poco después de las cinco de la tarde. Poco más de una hora nos faltaba para llegar á la Ciudad Eterna. Nuestros corazones comenzaron á latir de emoción. Pronto nos encontraríamos en la ciudad de las siete colinas, la que dominó al mundo durante algunos siglos por la fuerza, la que lo ha dominado después por el amor.

Pronto íbamos á descubrir los despojos de esos monumentos soberbios que levantó el orgullo humano, haciendo alarde de su poder transitorio y de su efímera grandeza. Junto á ellos habíamos de ver alzarse majestuosos los magníficos edificios cristianos, monumentos de la gloria imperecedera de otro poder que no acabará sino con el mundo, que no llegará á su ocaso sino cuando el astro que nos da luz quede oscurecido para siempre. No tardaríamos en descubrir la gran Basílica, el primer edificio del mundo, por su magnificencia, por su extensión y por su solidez. Dentro de pocos minutos pisaríamos el suelo regado con la sangre de nuestros mártires, santificado con el sacrificio de tantas víctimas inmoladas por el paganismo, para fundar una Religión que había de extenderse por toda la tierra. ....

.....

Eran las seis y media de la tarde cuando comenzamos á descender al extenso valle del *Latium*. Ahí estaba Roma. ¡Roma! exclamaron centenares de voces dentro de los coches. ¡Roma! dijimos nosotros conmovidos, experimentan-



do una emoción sublime que jamás habíamos experimentado. La enorme cúpula de San Pedro se presentó á nuestras miradas, sobresaliendo entre todas las eminencias más elevadas de aquel inmenso caserío que forma la ciudad de los Papas....

Aquí tendremos necesidad de suspender nuestro relato en el estilo que venimos sosteniendo como apropiado al carácter de esta obra. Las impresiones recibidas desde nuestra llegada á Roma hasta el momento de despedirnos del Santo Padre, las consignamos en su día en una carta que escribimos para un amigo querido. No podríamos después de pasadas esas primeras impresiones trasladarlas al papel en otra forma distinta. Tal como allí las expresamos, así las sentimos y así han quedado escritas en nuestra memoria y grabadas en nuestro corazón. Es necesario dejarlas como quedaron allí y no agregaremos nada á lo que en esa fecha memorable nos inspiró la situación en que nos encontrábamos. Séanos, pues, permitido transcribir en la parte relativa el texto de la expresada carta. Después continuaremos el relato en el estilo propio del cronista. Seguirá hablando éste cuando haya acabado de hablar el creyente. No llevarán á mal nuestros lectores que demos preferencia á las expansiones religiosas nacidas de esas primeras impresiones que recibimos al llegar á la Metrópoli del catolicismo y al presentarnos delante del Jefe de la Iglesia católica.

Dice así la carta. . . . . Le consagraremos capítulo especial.

## CAPÍTULO DÉCIMONONO.

Impresiones religiosas á la vista de San Pedro.—Los mexicanos residentes en Roma.—La Sra. de Miramón.—Angelini.—Cautiverio del Pontífice.—En la Capilla Sixtina.—¡El Papa!—La Misa.—La Comunión.—La audiencia.—Reflexiones sobre el discurso de Su Santidad.—Los peregrinos recibidos individualmente por el Jefe de la Iglesia.

NO se puede describir la impresión que se experimenta al descender al famoso valle del *Latium*, en el que se elevan las siete colinas en que fué asentada la Ciudad Eterna. El valle no está ya tan desolado como en los tiempos de Chateaubriand y de Gaume; en su mayor extensión está cultivado y no inspira la tristeza que á su aspecto sobrecojió á los viajeros de antaño. Lo primero que se descubre desde gran distancia antes de llegar á Roma es la gigantesca mole de la cúpula de San Pedro, que se eleva como una montaña sobre todas las eminencias que la circundan. San Pedro se levanta sobre todos los monumentos que nos quedan de la antigua Roma, como el Cristianismo se ha alzado de siglos atrás sobre las ruinas de esa civilización pagana envuelta en la confusión de los escombros que nos ha dejado, para evidenciar la inestabilidad de las cosas humanas, y la pequeñez de las grandezas que no reconocen por origen inmediato á Dios. San Pedro descuella en Roma sobre todo lo que allí existe de grande y de grandioso en lo antiguo y en lo moderno, como la Religión Cristiana se alza majestuosa sobre